

Rosario - Quito  
Impresiones de una transecta entre  
Argentina y Ecuador





A veces, muchas veces, nos cuesta salir de viaje. Nos referimos a que no es fácil tomar la decisión que nos llevará al pie del andén, al aeropuerto, o que nos hará abrir el baúl del auto. Tal vez sea una cuestión de inercia, esa condición de la física que procura hacernos permanecer en el estado en el que estamos.

Hemos discurrido sobre la capacidad que tiene el viajar de transformarnos en otro, de reformularnos de nuevo. Es evidente que eso entraña algún miedo, e implica, también, un trabajo. Quizás en ese miedo, en ese esfuerzo, esté la dificultad de decidirse a partir.

La experiencia quiere decirnos que esos pequeños temores, esas faenas del espíritu, que suelen presentarse antes de la salida, son recompensados con creces.

Se dejarán labores, se renunciará a controles que efectuamos normalmente, se tendrá que sortear el disgusto de la compañera o compañero (si es que no viaja con nosotros), y eventualmente se tomará algún riesgo, pero las riquezas que han de incorporarse, el encuentro con la propia alma, seguramente justificarán el haberse puesto en marcha.

Es curioso, cuando hacemos estas reflexiones, nos damos cuenta de que aún no hemos abordado el motivo que emerge primero cuando de viajes se trata; ése que pone en los paisajes, los monumentos, las costumbres, las comidas y las bebidas, los encuentros amorosos y en todas aquellas cosas que nos provocan en un viaje la emoción del asombro.

Parece que de eso se trata, de la posibilidad del asombro por la obra magistral, por el paisaje ajeno, la costumbre exótica.

Todas son cosas de *afuera*. Viajar es irse *afuera*, afuera de nuestro íntimo hábitat. Y de lo que vayamos encontrando afuera hemos de nutrirnos para reformularnos, para resignarnos.

Cabe la pregunta: ¿qué hay afuera que no haya adentro...de nosotros?

Nos sentimos tentados a contestar que nada. Que todo está prefigurado adentro, pero por lo que los registros de la historia nos muestran, siempre ha habido quien

“*salga*” a *buscar* fuera de su ámbito, de su casa, de su puerto.

Como en el arte, como en la meditación, el rezo, en el viajar hay una actitud religiosa, una actitud de peregrinación.

Tal vez se trate de rendirle culto a la condición divina de cada ser, tal vez de visitarlo como se visitarían las estaciones del Via Crucis para un cristiano; aunque parece necesario aclarar que no desde una actitud de reconocimiento y dolor, pero sí de dicha por confirmar que la belleza es posible, y está allí, a la vuelta de la esquina.

Mi amigo, Roberto Moya, maneja ahora por el interminable desierto que comienza en Atacama al norte de Chile y que se mete hasta más de la mitad de Perú.

Hemos pasado Lima en cuyo embotellamiento quedamos atrapados ayer tarde. Este contraste de la tierra mineral, yerma, envejecida y vacía, con la aglomeración humana podría asimilarse a los cambios cabales, sino abruptos, que acontecen en los viajes.

El juego caótico de las trompas y los costados de los autos incidiendo en diferentes ángulos para imponerse en el avance de la marea del tránsito me hace recordar la puja de la infinidad de ciclomotores en Saigón (tanto más lindo es ese nombre que Ho Chi Minh, que me permito la digresión e insisto en seguir usándolo) en una tarde de hace algunos años, y eso mueve a la sonrisa, aún a pesar del enojo y la concentración.

Maneja Roberto mientras vamos en dirección a Trujillo para terminar este año 2010, donde hubo alegrías, dolores (siempre el nuestro será el más vívido) y conciencia de nuestra materia prima (original, prístina) que llamamos tiempo.

Y como de tiempo se trata, y al modo de otras crónicas que he escrito, iré consignando *aquellas pequeñas cosas* que nos han ido moviendo al asombro desde nuestra salida.

Allá vamos.

Evidentemente comenzamos muy relajados (entiéndase sin ganas de preocuparnos), si no, cómo se explica que estuvimos dos veces a punto de quedarnos sin combustible, lo que no ocurrió porque siempre hubo quién nos vendiera un poco del propio tanque o bidón.

Bidón (no "Vidón" como llama un amigo a su mujer dado el buen pasar que él mismo le provee) en el caso de las candentes vegas de Santiago del Estero durante el plomo de la siesta, cuando un señor tiznado y reflexivo, rodeado de diez gallinas flacas (como seguiremos viendo más al norte), nos vendiera 5 litros de su último gas oil.

El señor era moreno, como corresponde, y bronceado. Además, portaba algo parecido a una sonrisa, pero creo que era más bien un gesto incorporado para el trato con los demás. Demás está decir, que los demás serían para él algo particularmente exótico. Lo cierto es que el señor (cuya cisura internalgal se nos presentaba orgullosa cada vez que se inclinaba) y sus gallinas o gallos, (aún nos cuesta percibir los testículos del pollo macho y en nuestro caso no es una redundancia) que se parecerán a las que veremos al ascender en el mapa, (según Saramago y otros muchos, no podemos saber si en el globo terráqueo subimos o bajamos), nos proveyeron del combustible necesario para llegar a Bobadal, pueblo ardiente y aclarado por el trabajo del sol y la sequedad. Bobadal..., canicular pueblo, donde fuimos observados con curiosidad por el operario de la recalentada estación de servicio. Pueblo benigno, al fin, porque nos permitió completar el tanque y porque confirma que en este valle de lágrimas, no debemos ser los únicos

bobos que se quedan sin combustible.

La segunda vez hubo que “ternerear” del voluminoso tanque de un Scania que estaba parado en la última estación a la que llegamos, y que no tenía nada que vender.

Hacia años que no chupaba de la manguera, y a decir verdad no lo hice tan mal. A la quinta o sexta vez el hilo de líquido logros fluir constante. Por supuesto que tocó paladear una centímetros cúbicos de gasoil, los que a la postre provocaron los consabidos eructos que traté de ocultar de Roberto por una cuestión de orgullo.

Llegamos a Purmamarca y enseguida conseguimos alojamiento en el hostel que está a espaldas de la iglesia.

El hombre se llama Bebo y durante el desayuno de la mañana siguiente, demostrará mucho interés por el comentario político. Dirá que Alfonsín era un hijo de puta y que era una vergüenza que por culpa de él, hayan condenado a esos dos pobres viejos (Videla Y Menéndez) a prisión después de haberle confiscado todas sus pertenencias. Roberto verá que tampoco mostraba simpatía por la actual presidenta y, con gran sagacidad, intuirá que la cosa venía por el lado de Carrió. Aguante Lilita le dirá, y el hombre inmediatamente se sentirá conmovido por tan buena cordura política del santafesino, así que nos dará su alegre despedida, no sin antes habernos explicado cómo logró el agua y la luz para una comunidad de indios que ha fundado y que siente como propia.

“Tuvimos que hacer un corte de rutas para para que la ministra nos hiciera caso. Lo dirigí yo. Eso sí, dejamos pasar a una mujer que se estaba muriendo, aunque la verdad que para cómo estaba, era lo mismo”

Pero eso ocurrirá al día siguiente. Ahora es momento de ir a cenar.

En el restaurante canta un grupo autóctono. Antes de cada tema el cantante hace su introducción con ese hablar apocado y sufrido.

Me pregunto por qué los Coyas siempre expresan dolor, su dolor por cantar esa música tan sentida y propia... y por tanta injusticia. Pienso que tal vez se debe a que fueron sojuzgados por los españoles y los patrones.

Pienso en que los negros también lo fueron, y no por eso se manifiestan como mendigando algo (atención y reconocimiento en este caso).

Me cuesta entender por qué los Coyas o descendientes de Coyas hablan así.

Las montañas vacías, el ambiente áspero, la soledad infinita; el llanto y el rechinar de dientes, el encono de las mulas traídas por el invasor...tal vez vaya por ahí la explicación.

Siguiendo con el llamado de la raza, las continuas digresiones del cantante alargaron tanto el show como el lamento de las bagualas en los montes. Fue una suerte que terminara de una vez por todas, aún a pesar que nos habíamos predispuerto con la mejor atención.

Y nos trajeron el potaje... bastante insípido (horrible para Roberto) que parece que habíamos pedido.

Tal vez lo peor fue que, cuando pasados unos quince minutos de degustación predisuelta y resultado innoble, el conjunto folclórico apareció de nuevo a recomenzar su muestra...y el discurso de su líder, de voz púdica y exposición extenuante.

No fue a la francesa, fue más bien una huida, con la consecuente falta de respeto por el esfuerzo de esa gente. Pero, en líneas generales, no tenemos mala intención.



Purmamarca



Purmamarca

A Roberto no le resulta fácil creer que Atacama es el desierto más seco del mundo. Me pregunto si en verdad lo es. Al menos eso he leído, quién sabe dónde. Pero es sin duda seco y el tramo entre Kalama e Iquique, es desagradablemente inhóspito, en especial los primeros 100 o 150 kilómetros.

También me pregunto si “geoglifos” no es un término pretencioso para esas obras que los escasísimos pobladores se empeñan en labrar sobre las laderas quemadas y refractarias. Me pregunto qué recóndita energía los lleva a realizar esos esfuerzos...si tienen algo de adoración u ofrenda. Me gusta concluir lo que de algún modo digo arriba, que es una necesidad del hombre el querer expresar lo mejor de sí, mostrar su condición, su conciencia de la altura, y lo hace con lo poco que hay: las piedras, la montaña, la luz y las manos, que alguna vez, creo haberlo dicho también, son el mejor reflejo del deseo de hacer. Vaya el reconocimiento a los geoglifos, de nombre pretencioso y esfuerzo incansable.



Llegamos por fin a Iquique.

Iquique será una tarde cerca del mar en un barrio algo herrumbroso, como tantos rincones de los puertos. Será un atardecer en la Plaza de Armas, debajo de esos edificios de madera tan llenos de carácter, tan insulares, que han dado a sus pueblos y ciudades los chilenos.

Será una tarde donde los chilenos no dejarán en el olvido el romántico recuerdo de nuestros cantantes de hace 30 y 40 años. Nombres como Yaco Monti. Sandro, Camilo Sesto, Franco Simone, vienen, como una ráfaga de tibieza, a calentarnos la tarde y los corazones mientras le pedimos al hombre dos “bifes a lo pobre” y



observamos que en el bar de enfrente hay “barros luco y barros jarpa”. Ya nos parecía de otros viajes; en este país que no deja de agradarnos con su fuerza extraña y admirable, que siempre tiene algo que nos remite a las ternuras del pasado, siempre en este Chile, hay algo especial para abrir los cajones donde están “aquéllas pequeñas cosas”.



Iquique



Iquique



Iquique



Iquique

En la frontera, del lado de Perú, vamos y venimos obteniendo un sello aquí, y otro más allá, y hay un camino largo que baja y se pierde. Al fin vamos a conseguir los imprescindibles 5 que tiene que tener el papel para que todo esté en orden.

Están allí, bajo la sombra de los árboles, junto a los automóviles estacionados. Y sellan y revisan caóticamente. Son los diferentes agentes de las diferentes reparticiones. Todos vamos por los benditos sellos hasta que también nuestro papel los exhibe satisfecho.

“Prefiero los caminos a las fronteras”, dice la canción. Quién no, me pregunto mientras reflexiono a cerca de la necesidad de los países latinoamericanos de andar controlándose entre sí. Y, de paso, desgastar a su gente. Y a la gente de paso.

El desierto nos viene acompañando desde hace días y comienza a cansar su presencia apagada y terrestre. Lomas y montes, abismos, gargantas planetarias se suceden sin siquiera la fresca proximidad del mar.

Todo cae a una modorra de exhaustas calorías.

Así hasta Arequipa que tiene casas blancas. Pero menos de lo que dicen, o menos blancas, en todo caso

Estamos cansados de desierto, pero como en todo viaje nos espera el cambio.

Camaná nos va a cambiar.

Camaná, una ciudad modesta y sin mayor fama, pero acogedora al fin, después de la ruda y lacónica distancia.

Camaná, una ciudad china, dice Roberto.

Y es verdad, en los mercados callejeros, en los abigarrados carteles pobres, en los taxi hechos con motos carrozadas, que terminan semejando esos vehículos, mitad carruaje, mitad automóvil, como fueron los Ford T, hay mucho de esa fisonomía. No de China exclusivamente. También de Vietnam, Tailandia o India.

Es lindo pasear por el anochecido mercado dispuesto alrededor de las manzanas del centro de la ciudad y ver las comidas que se ofrecen al paso. Hay pollo frito y Roberto está tentado.

Dice que recuerda haber mordido una presa comprada en algún mercado como éste y de paladear la carne fría en el medio, y después observar la mordida orlada por el hilillo de sangre.

Dice haber inquirido con su gesto a la vendedora. Dice recordar cómo ella miraba hacia otro lado, segura de su abolengo. Y describe cómo él estuvo considerando si seguir comiendo el pedazo asqueroso o de abandonarlo a mano de los gallinazos y la podredumbre.

Mejor sigamos, dice Roberto.

Estamos en el Hotel del Turista con su muralla que pone límite al fragor de la calle y que, intramuros, da lugar al césped prolijo, a la piscina y la aristocrática galería.

Camaná, una ciudad humilde y un poco perdida que nos da cobijo con pollo asado, vino ordinario y más conversación durante la cena.

Queremos pasar la altura de Lima, pero Lima no está cerca y se van sucediendo pueblos soleados, de casas mínimas sin terminar (Roberto señala que nunca terminan la segunda planta, pero que siempre la comienzan) y con mucho de la vida diaria en la calle, como suele suceder.

Lima no está cerca y cruzarla implica el embotellamiento y la puja por espacio para avanzar, algo que no nos es cómodo, pero también, algo a lo que yo me he ido acostumbrando... a duras penas, según los requerimientos de otros viajes. La escena me recuerda El Cairo, de hace ya 25 años. Quién sabe cómo estará ahora. Me preocupa el embrague de la camioneta, no es nuevo. Pero el caos termina, y bastante rápidamente, como terminan la mayoría de las cosas.

Cae la noche y pararemos en Ancón, el puerto de pescadores.

Llegan los botes hasta una plataforma en cuyo lado opuesto se estaciona un camión con las compuertas abiertas y el depósito lleno de hielo.

Al depósito entran esos peces de sección delgada y gran cabeza. Entran de a uno, y por el pasamanos que inicia el del bote, que continúa el que los iza al camión, y que finaliza el que los acomoda adentro. Todo callado, todo automático, con la seriedad y el silencio de las cosas que hay que hacer, con el ritual propio del trabajo que se hace siempre.

Un grupo numeroso de mujeres observa, también en silencio. Tal vez sean las compañeras de esos hombres que llegan del Pacífico, acerado y limpio, nos decimos.

Son las dueñas de las pescaderías, que vienen a encargarse de su tajada del reparto, dice Roberto, que ha estado conversando con alguien.

Cuando cruzamos la plaza, a la vuelta, le pregunto a un solitario muchacho que fuma solo en un banco:

¿Cómo se llaman los pescados que descargan?

¿Cuáles, esos grandes y cabezones?

Sí

Pecheros.

Hay casas muy viejas, con esos balcones circulares y sobresalidos que nos parecen púlpitos laicos y abandonados. Cuánto trabajo por esos balcones sobresalidos para que los desbarate el tiempo y la ausencia.

Allí, el de la ochava frente a la plaza me dice: esto es para que se acuerden.



Ancón



Ancón



Ancón

Hay departamentos ricos y espaciosos. Unas chicas juegan y conversan en una terraza balcón, en circular tertulia. ¿Cuánto hablarán?

Y de ese cuánto, ¿cuánto hablarán de hombres?

Hay una hermosa esquina de madera, con forma de caserón que muestra su cartel como una insignia.

Dice “Asociación de Propietarios, Inquilinos y Veraneantes”.

Detrás, como a cien metros alejándose del mar, hay un terreno entre dos casas, tal vez una plazoleta, donde el descuido avisa que falta un jardinero. El trazo de pintura envejecida reza sobre el muro lateral: *Prohibido jugar*.

Será para los niños.

Pienso quién y cómo habrá sido, o es, el que puso esa regla. Pensamos en su grado de alegría. Pienso en si sabrá qué significa jugar. Pienso si lo sabemos nosotros. Pienso mucho.

¿No les parece un buen cartel para poner en la pared de alguna plazoleta?

Roberto se saca una foto debajo de la pintada simulando sentarse en un banco que ya no tiene donde apoyar el culo.



Ancón

Por fin las distancias ya no son lo que eran.

Vamos a Trujillo.

Pararemos en la única estación de servicio parecida a las que se pueden encontrar en nuestras rutas importantes.

¿Serán también nuestras, estas rutas?

Moya pide desayuno típico. Un café con leche con un sándwich de trozos de carne de cerdo. Dice que le falta gusto y come unas cebollas que recordará más adelante, que se harán recordar, mejor dicho.

Es natural querer que el desierto vaya terminando, pero éste se resiste. Éste va a resistir hasta Ecuador. Y eso que nuestra solicitud, como podrá corroborarse, está asentada hace un buen tiempo.

En Perú, a diferencia del norte de Chile, el desierto se interrumpe esporádicamente por un buen río que emana un valle verde donde se ve caña, terrazas de arroz (tan parecidas en cualquier parte del mundo), palmeras, y motos carrozadas.

Esas motos nos van a acompañar durante todo el viaje, aún hasta la frontera con Ecuador, como el desierto.

Trujillo es chata.

No, Trujillo yace, como toda ciudad de alcurnia.

Su vieja Plaza de Armas es alegremente colonial. Decir colonial es tal vez decir española ...con América de por medio, claro.

Hay árboles, ganados al sol y al clima seco, revestidos de colores y guirnaldas.

Y hay mucha gente circulando, llega el año nuevo.

No parece una ciudad de 750.000 habitantes, parece más chica, pero eso, sabemos, suele suceder donde ronda la pobreza.

No son pobres las grandes casonas de la colonia que echan a la acera los tremendos muros interrumpidos, cada tanto, por la reja de densa y labrada arquitectura, moruna, terminada en puntas, de esos grandes ventanales.

Parece que la colonia quería separarse de lo que ocurría afuera. Parece que eran tiempos de vivir hacia adentro.

Demasiado intemperie, demasiado exterior habrán tenido aquellos hombres y mujeres que llegaron al territorio sin fin, buscando el refugio de los valles.

En los pisos superiores están los balcones de madera y los ventanales con unas persianas como para ver qué pasaba fuera sin ser vistos los de adentro.

¿Así habrá mirado Manuela Sáenz a Bolívar cuando entraba glorioso a la ciudad?



Trujillo





Trujillo



Trujillo



Trujillo



Trujillo

No hay filtro de aceite para nuestra camioneta. El hombre empetroado y compacto, dice que puede lavar el filtro. El de la concesionaria nos había dicho que ese taller era un “cagadal” pero que el hombre era verdaderamente responsable.

Hay tres mujeres dentro de la casa que tiene su empetroado taller al frente. Cuchichean y ríen.

“Ahí tienen buena carne argentina” alcanzamos a escuchar del hombre que se dirige a “sus” mujeres.

He visto pocas fosas tan sucias como esta, tal vez en tiempos de la infancia, y en el taller de Amadeo, allí en ese Saladillo que nos miraba jugar en la calle durante todo un día.

La mayor de las mujeres se acerca y nos convida con una lata de cerveza. Nos pregunta a dónde iremos el 31. Nos recomienda Huanchaco. Después se acerca la más joven y anota el teléfono de nuestro hotel.

31 de diciembre de 2010.

Vamos a Huanchaco, la playa.

Nos gusta el ambiente, tal vez sea bueno venir a dormir en este lugar. Vamos a cenar aquí mismo.

Chicharrones de pescado mixto y cerveza con limón, durante la tarde en la playa. Está muy bien. Un plato para tener en cuenta de ahora en adelante. Un plato, que como suele pasar, no vamos a probar otra vez en este viaje.

A la noche no hay luz en Huanchaco.

Es la primera vez en siete años, dice uno.

Nunca pasó esto, dice otro,

Estarán laburando como locos, dice Moya, sentados a la mesa con una vela y comiendo lo único posible: pollo asado con papas y arroz. Y bebiendo cerveza, que ha perdido la frescura.

Seductor el “silencio” del apagón frente al mar y esperando.

Vendrá la luz y empezará a explotar la música mientras, en la calle, la gente circulará, ida y vuelta, siguiendo la línea de la playa.

Entraremos a las discotecas (Moya se ocupa de esos menesteres con máxima solvencia)

Conoceremos cuatro chicas. Yo me acuerdo del nombre de dos: Carla Y Ariadna. Agradable conversación hasta que termine la noche a las 4 de la mañana, con gentilezas e intenciones.

Y adiós 2010.

Pobreza, motos, bullicio, sequedad siempre. Y siempre sol. La gente en las calles de los pueblos, y los pueblos que se apagan en la ruta de arena y sofoco.

Doblamos a la izquierda, es decir al este, camino de Cajamarca.

Hay un río con un color entre el verde sulfato y el verde esmeralda, agua muy verde que cambia de nombre según se avance. Alguna vez se llamará Jequetepeque.

Comienza a alzarse el valle. Alzarse de otros verdores, especialmente los arrozales.

Vamos a subir y a encontrar pinos y eucaliptos (de hojas ovoides y que aprendimos a llamar “medicinales”). Hay alguna maderera donde los rollizos no hacen honor al nombre. Talan los montes a un diámetro menor al que estamos acostumbrados.

Pero la montaña, que no deja de verdear, se coloniza (no sabemos si es un buen verbo, pero el lector y los peruanos sabrán comprender) de árboles y pinos. ¿Cómo habría que calificar el trabajo aborigen que hizo los senderos y las acequias antes de los españoles? Seguro que “colonizar” no.

También se ve ese esfuerzo en las viejas sendas del Inca que acompañan de a tramos la “nueva” ruta por la que va nuestro vehículo.



Sierra



Sierra

Subiremos hasta que aparezca Cajamarca, montañosa y colonial y grave. Hermosa la Plaza de Armas y la Casona del Inca donde nos toca dormir entre pisos desnivelados por el trabajo de los tablones, paredes de 80 centímetros, y los colores verde, rojo y amarillo opaco.

Cajamarca colonial y grave.

Hay varios Pizarro dejando su apellido.

No es lindo asociarlos al cuadro donde se representa a Atahualpa, de mirada también grave, ofreciendo la habitación llena de oro, o esperando la parca de manos del fuego o de la cuerda. Vaya uno a saber cuál de ellos lo separó de la misma mirada grave y la actitud aristocrática.

Aristocrático y grave como un árbol, dijo Bolaño entre sus Putas asesinas, y me ha parecido certero y hermoso.

El cuarto del Inca, el único que queda, donde murió Atahualpa sirve para pensar en él, en ellos, los Incas (que, según dicen, subyugaban pueblos) y los españoles, o *esos* españoles, a los que es inevitable imaginar torvos y brutos.

Pero allí está Cajamarca con sus aborígenes de sombrero picudo y de paja.

Con sus baños termales, sus cielo alto, su verdor, el sabor del mamey y la cena en el restaurante de los Salas, frente a la Plaza de Armas. Amplio y montañoso

Qué no daríamos por comernos una humita como la de ellos en esta noche lluviosa de Quito, en donde fluyen las palabras, hijas de alguna voluntad cansada.



Cajamarca



Cajamarca



Cajamarca



Cajamarca



Cajamarca



Cajamarca





Cajamarca

E COMO LOS INDIOS ESTABAN SIN  
ARMAS FUERON DESBARATADOS  
SIN PELIGRO DE NINGUN CRISTIANO,  
LOS QUE TRAIAN LAS ANDAS  
E LOS QUE VENIAN ALREDEDOR DEL.  
NUNCA LO DESAMPARARON,  
HASTA QUE TODOS MURIERON  
ALREDEDOR DEL.

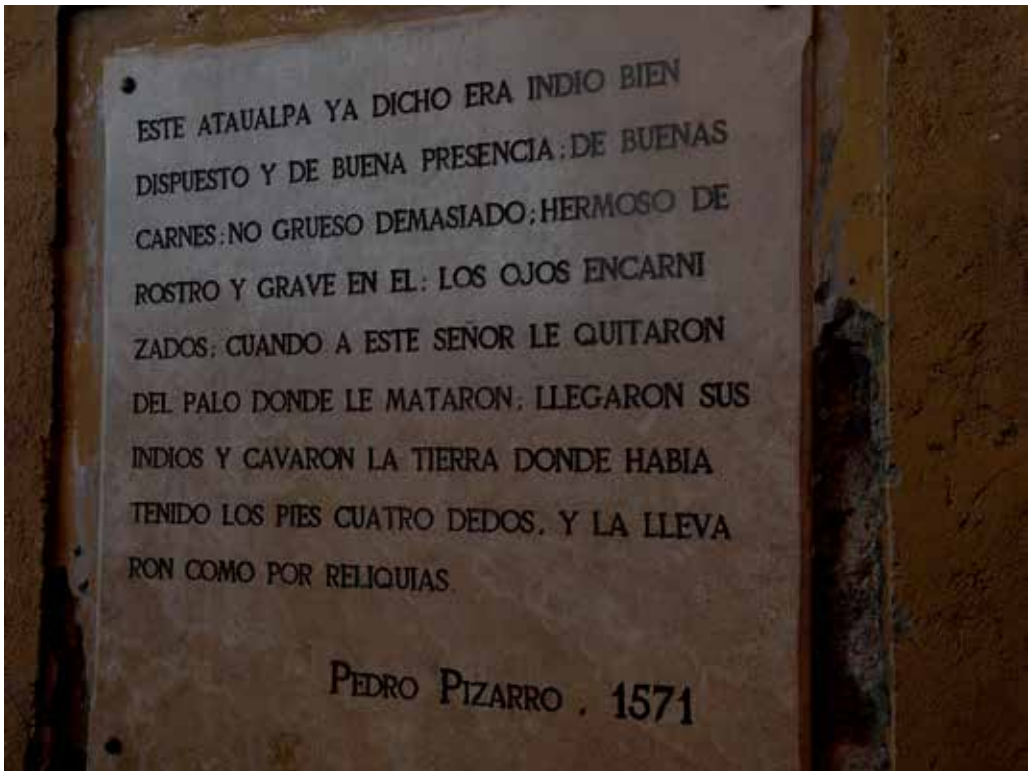
HERNANDO PIZARRO, 1533

Cajamarca

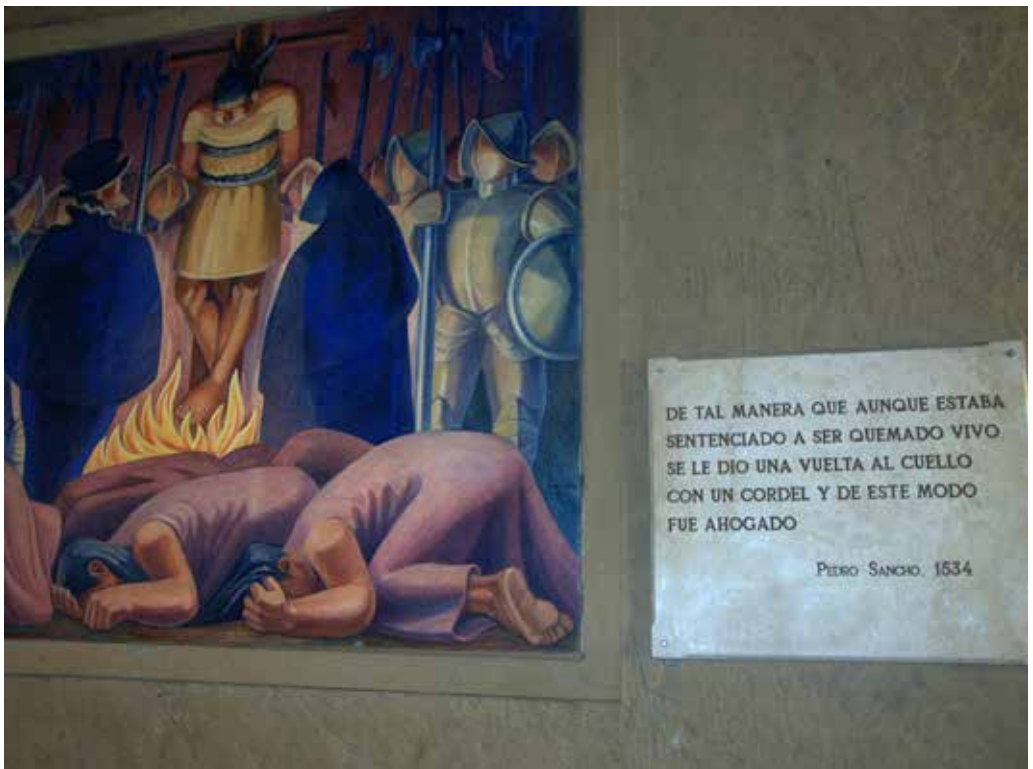
EL CACIQUE DIXO QUE EL LES DARIA  
TANTO ORO COMO CABRIA EN UN  
APARTADO QUE ALLI ESTAVA  
HASTA UNA RAYA BLANCA QUE  
ALLI ESTAVA, QUE UN HOMBRE ALTO  
NO ALLEGAVA A ELLA CON UN PALMO

CRISTOBAL DE MENA, 1534

Cajamarca



Cajamarca



Cajamarca



Cajamarca

Más mala que una “mámpara”, son malisimas, dijo Luciana imaginando un animal peligroso e impredecible cuando le hicimos recordar que así le dicen ciertos “laburantes” a lo que separa, digamos, una bañera del resto del baño.

La mámpara, animal pérfido si los hay.

Pero aquí ha aparecido la Máncora, que debe ser mitad mandrágora (desleal, de hambre insaciable y cuerpo entre manatí y planta carnívora) y mitad albacora, de puerto chileno u oda de Neruda...para hacer promedio.

A lo mejor la máncora no es tan mala, quién sabe.

Mucho menos es su homónima de la costa del norte peruano, donde se junta la juventud a disfrutar de las playas, abajo del desierto.

Es un pueblo de playa y vacaciones, con sus comedores, sus pubs, sus “botillerías” y sus muchachas y muchachos. Hay buenos hoteles, pero el pueblo, si no pobre, es por lo menos modesto...pero está bien.

A no enojarse amigos peruanos, es la opinión que tenemos, aclarando que, de veras, nos hace disfrutar del peso del mar afincado en la tarde, de la espaciosa playa que se vacía hacia el sur, donde están las casas y los hoteles enfrentando el ocaso sobre el agua.



Máncora



Máncora

Máncora beach, con la frescura del mar tranquilo y el paseo por la playa, llenita de esos octópodos a los que les encanta ir esquivando siempre y que se criaron entre puertas estrechas, si no, ¿por qué habrían de andar de costado y a las apuradas? Hay que preguntarles de una buena vez por qué hacen eso.

Máncora con algunos barquitos de pescadores, el color de la tierra blanqueada por el sol, la benigna cerveza y un hasta luego al Perú.

Ecuador, frontera y silencio. Buen trato y alguna anarquía.

Ecuador de dólar exótico y dólar autóctono...como para desvirtuar las ideas absolutas. Aquí se paga en dólares, y desde hace lo suficiente como para decir que funciona. Como parece funcionar el país de manos de un ex ministro de economía, pero mucho más de manos de su historia y su tierra, como sucede y sucederá.

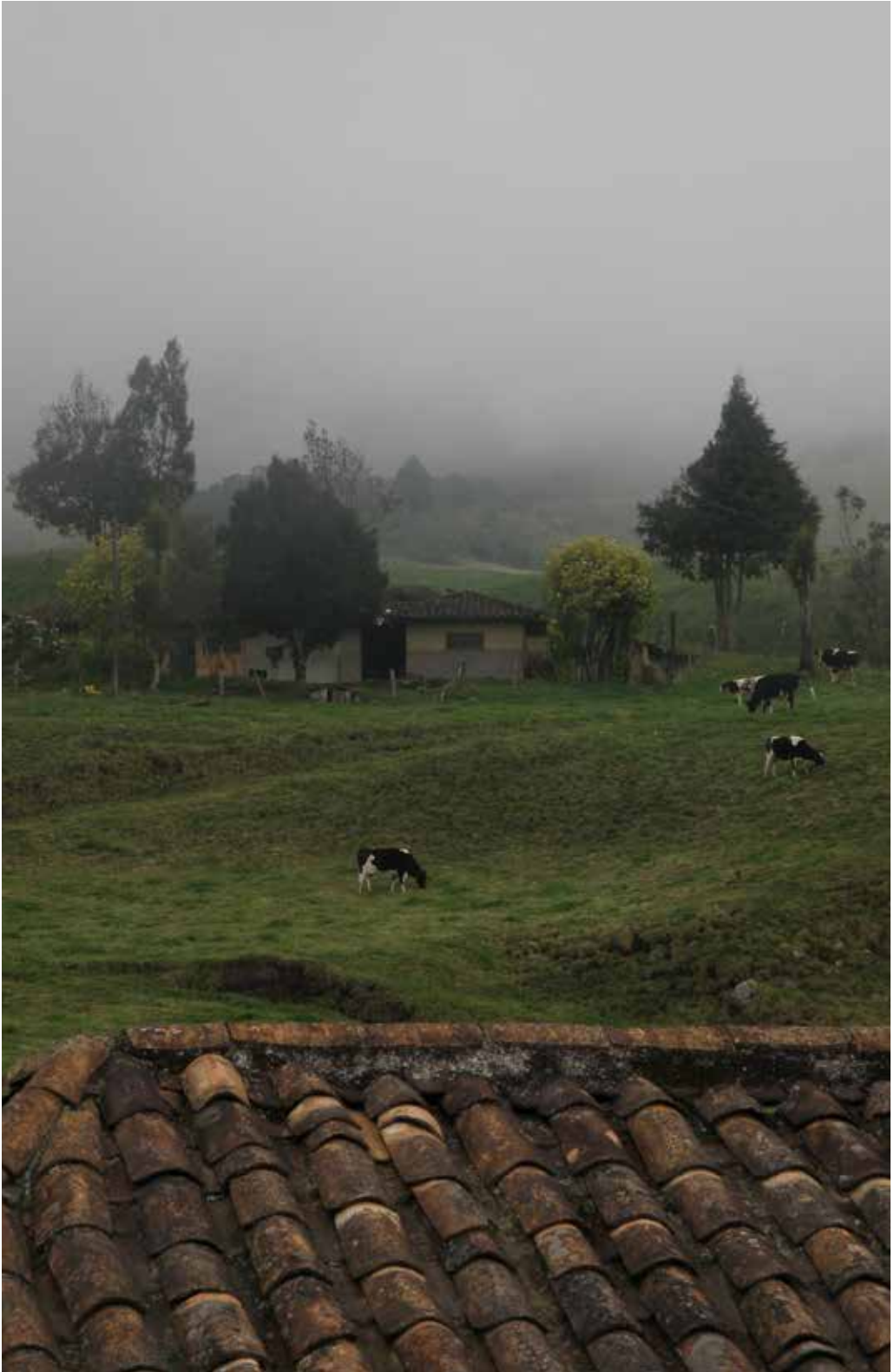
Entre Machala y Cuenca vamos montados al espinazo del país. Entre altitudes verdes, derrumbes, abismos y pueblitos tranquilos, con aborígenes que van mansos en ambos flancos de la ruta, orlando el silencio siempre profundo de la montaña. Los Aborígenes de estos pueblos (y los de la ciudad también) se empeñan en conservar sus vestiduras tradicionales.

Como los gitanos, decimos, mientras nos vamos asombrando de las vegas verdísimas de buena pradera donde pastan las vacas Holando que han de llenar muy bien sus desmesuradas ubres. Quien mire una vaca de esa raza en la actualidad podrá observar un experimento exitoso del hombre para el hombre. Habría que ver qué piensa la vaca, aunque parecen tener naturaleza budista por su grado de aceptación. Pero es insoslayable la pregunta: ¿Qué hace una vaca de ésas si no la ordeñan? No creemos que le quede otra cosa que el suicidio.

Cantones. Cantones son en Ecuador y es imposible no remitirse a Suiza. Es que no sólo esa palabra, sino el paisaje, verde como decía, ordenado, primaveral y manso, quiere llevarnos hasta registros que tenemos del campo en tierras de Europa central.



Sierra ecuatoriana



Sierra ecuatoriana





Sierra ecuatoriana



Sierra ecuatoriana

En el final del camino está Cuenca.

Cuenca no es vasca; es limpia, amontañada, amigable y muy colonial.

Ustedes ven, dice el hombre del hotel, aquí no hay pobreza, aquí no hay autos viejos.

Vemos, le responde Roberto.

Hay más cuencanos en Queens que estadounidenses. Hay más de un millón afuera, en Estados Unidos y Europa. Y llegan las remesas. Por eso estamos así.

Hay ladrones, sí, pero pocos y sin revólver.

Mi hija estudia allá, ya se recibió. Mi hijo también.

Aquí el problema son los peruanos y lo colombianos. Los argentinos son gente muy buena, si hasta una señora argentina que estuvo aquí me regaló un mate. Mate se dice, ¿no? Ahora el hotel está con poca gente. Hay un par de negritos, pero todo está tranquilo.

Eso dice el hombre de traje, ceremonioso, que tiene el hotel a la vera del Tomebamba.

El Tomebamba cruza alegre y resollando esta Cuenca callada y tranquila.

Esta ciudad hermosa.

¿Señor?

Mande amigo.

¿Dónde queda la casa de Bolívar?

Sí, la casa de Bolívar, pues vaya recto...



Cuenca



Cuenca



Cuenca



Cuenca



Cuenca



Cuenca

No hay tal casa, hay un museo, ahora con la obra de uno o dos pintores, llamado Simón Bolívar, en una casa construida en dónde hubo otra en la que Bolívar sí paró. Pero nada más.

Iglesias.

Siempre las iglesias. Mañana vamos a hablar de eso, porque aquí en Quito, mientras escribimos, pasan por delante muchas iglesias blancas y cuadradas.

Moya entra a una (en Cuenca, claro). Está terminando la misa. Un muchacho moreno y de ojos claros canta a viva voz las canciones hasta que el cura le hace una seña para que pare.

Para que pare un poco...diría Roberto.

Pero al final el muchacho, entregado al éxtasis del canto, a ese acto de fe (no auto de fe...ay dios mío), entona la gloria del dios de la santa iglesia católica.

Es un carnavalito y tiene mucha fuerza, mucho sentimiento. El ritmo, de percusión constante, nos moviliza a todos, al cura inclusive.

El cura bendice con sus salpicaduras santas a la multitud que quiere esa lluvia divina. Nosotros también. Y él las lanza jubiloso como si fuera papel picado, o serpentina o mistura o arroz o champagne. Todo el mundo parece contento.

Me encantó, dice Roberto.

Aunque cueste reconocerlo, a mí también.

Calle Benigno Malo. ¿Qué opinan?

¿Cómo habrá hecho el señor para hacerse cargo de ese nombre?

Porque uno es su nombre.

Y jugar de oxímoron no debe ser una tarea fácil.

¿Qué diría Benigno Malo de su nombre? ¿Qué le dirían sus compañeros de secundario, si es que alguna vez lo hizo?

Lo encontró Roberto y yo le saco una foto a la placa que identifica la simpática calle de Cuenca.

Benigno malo, como una aspirina en seco.



Llueve en Quito. Llueve en el casco viejo, y hace frío.

La luz es gris, y este casco que mañana nos parecerá magnífico, ahora también es gris y triste.

Estas cosas no se podrían haber hecho sin la voluntad del hombre. La frase, vaya a saber por qué, nos recuerda el convento de Mafra, sí, el mismo del Memorial de Saramago.

Cuánta faena dirían en la colonia valenciana de María Teresa. Y cuánta meticulosa aplicación.

Esta iglesia, barroca por dos, no se podría haber levantado sin la voluntad (era Blimunda en el Memorial la que se ocupaba de recolectar voluntades) de los que estuvieron alrededor, sin toda su amorosa vocación, ... y el dinero, claro.

Tal vez refleje la grandeza de nuestra genuina creencia, del culto verdadero.

Pensamos en el templo de Diana, en la refulgente Acrópolis, en el mismo Partenón y su friso que ahora habla en inglés. Pensamos en el mausoleo de Halicarnaso o en Ankor de Camboya.

Pero la Iglesia de la Compañía exhibe (y subrayo el verbo elegido) las dos cosas: un trabajo infatigable y una riqueza que no vamos a calificar. Ah, por supuesto, y el poder "divino"

Ahora que la miramos de afuera, y que recordamos el ubicuo dorado, diremos que es barroca por diez.



Quito



Quito





Quito

A ambos lados de la entrada hay dos pinturas gigantes. La de la derecha ¿No debería estar a la izquierda? representa un muy gráfico catálogo de castigos infernales a las faltas del hombre. Algunos un poco extraños, como el que condena al borracho a beber sin pausa de un tonel que se vuelca sobre su boca, desmesuradamente abierta, mientras yace con el cuerpo traspasado por grandes púas (suponemos que para drenar el exceso de líquido) o el del “chimentero” al que, si mal no recuerdo, le estiran la lengua con una pinza o algo así.

El cuadro, es simpático, por lo menos para los que hace bastante que medramos en el planeta. Habría que verificar qué efecto hace en un niño que comienza en el camino de la purificación.

También nos gusta pensar en la psicología (palabra pagana) del señor que pintó los castigos (hay uno para la “preciosa”, y otros para aquél que se mete a husmear en lo que no le corresponde, aclarando que no recordamos el calificativo). Habrá sido un señor de predicamento para que pongan su obra en tan importante iglesia. Qué fascinantemente desagradable habría sido conocerlo. O quizás no, quién sabe.

Son edificios magníficos, esa iglesia y la de San Francisco con su museo de pinturas y esculturas donde el dolor es el tema dominante. Y los trabajos de los artistas, con su aplicación y su excelencia. Porque se nota, en especial en las esculturas de tantos Cristos, que según las explicaciones, varían en su expresión, desde el sufrimiento inefable a cierta paz dolorosa.

Y la iglesia de los Dominicos. Y los edificios que bordean la plaza de la Independencia. La plaza Grande con su recova, su explanada, su convento y su paisaje azulado de montaña y cielo por encima.

Y el cuerpo de toda esta Quito antigua, tan colonial, tan tradicional, tan aristocrática, tan teocrática.

El casco es bello, y mucho, pero la gente se va temprano a otros lugares de la ciudad. Y a las cinco de la tarde se va quedando vacío. No pasa como en tantos lugares donde se afina el peso de la historia y en los que, al terminar el día, se reúnen los bullicios de la gente, de extranjeros y locales.

Un problema de energía, dice Moya.



Quito



Quito



Quito



Quito

En Quito le arrojaron un ramo de flores al libertador recién glorificado en la batalla de Pichincha.

Se lo arrojó Manuela Sáenz, la insepulta de Paita.

Dicen que Bolívar dijo que si sus soldados hubieran tenido tan buena puntería como ella, habría perdido menos y habría terminado la batalla mucho antes.

Hay un museo para Manuela y para su pasión por el cholo de un 1,50 metros de altura que se ocupaba de trizar los montes tras su gesta.

Hay un museo para su amor por la revolución en el que una mujer madura y morena habla de ella con devoción de amante.

Dice “mi Manuela”.

Dice que ella no era la amante de Bolívar. Dice que él era el amante porque ella era la que estaba casada.

Le preguntamos si hay algo de cierto en lo del apelativo de “la amable loca”.

Nos responde que sí y nos lo explica. Explica cómo lo mordió rabiosa cuando encontró un aro extranjero en el dormitorio.

No lo vio como Georges Moustaki, masculina y románticamente en su Boucle d’oreille, cuando le pasó lo mismo.

Nos vuelve a gustar esta salvaje y sensual Manuela, tal vez un poco menos que la de Neruda. Cosas de la poesía (diría Florinda).



Quito

Che, hoy vamos a comer comida típica de aquí. Vamos a probar los platos de Ecuador.

Sí, yo quiero una menestra de esas.

Te gusta el guisado ¿eh?

Señor, disculpe, ¿dónde se podría comer comida típica de Quito?

Por aquí no, a esta hora (las 8 de la noche), aquí en el casco viejo, sólo pollo y comida rápida. Tiene que coger un taxi y que lo lleve a la calle Amazonas. Allí encontrará restaurantes abiertos a esta hora.

No se preocupen, yo los llevo donde hay restaurantes, dice el taxista. Es aquí cerca de la calle Amazonas, en la plaza Foch.

¿Es por aquí?

Sí a dos cuadras.

Ok, nos bajamos ahora.

Como quieran.

¿Cuánto es?

Dos con cincuenta.

Mirá, ahí hay una parrilla argentina.

Sí, pero ni en pedo comemos carne aquí, ¿no te parece?

No, ni ahí, busquemos un lugar con comida ecuatoriana.

Allí, a la vuelta, hay un comedor con comida tradicional, señor, pruebe allí.

Gracias amigo.

Ah, mirá dónde era.

Pero está hasta las pelotas.

Sí y además no nos abren la puerta. Vamos.

Enfrente hay otro, fijate.

Sí, pero es muy bacán, ¿qué hacemos?

No sé, ¿qué hacemos?

Y bueno, vamos al argentino.

Y bueno.

Señorita, dos empanadas y dos milanesas a la napolitana.

¿Ustedes son argentinos?

Sí, claro.

Como el dueño.

¿Ah sí? ¿Anda por aquí?

Noooo! Vive en Miami.

Ah mire. Mándele saludos.

¿Qué, ustedes los conocen?

Sí somos muy amigos, de Buenos Aires.

¿De verdad?

Sí, cuando venga dígame que estuvieron Roberto y Ebel, que le dejamos un abrazo enorme.

Se lo diré claro. ¿Así que son amigos?

Siii, muy amigos.

¿De allá, de Buenos Aires?

Sí, de Buenos Aires.

Ahhhh.

¿Qué tal estuvo la milanesa?

Muy bien, muy bien.

¿Cuánto es?

55.

Tome.

Gracias.

¿Me firmarían un autógrafo? Porque seguro que ustedes son actores si lo conocen al patrón.

Así es, claro, ¿dónde firmamos?

Aquí. Y escribanle algo a Cacho.

Claro.

“Querido Cacho, estuvimos disfrutando de tu comida argentina en el restaurante. Te mandamos un abrazo con el recuerdo de los buenos tiempos. Nos vemos pronto.

Roberto y Ebel”.



Ecuador



Cuando la bitácora tuerce hacia la costa aparece la pobreza. Una pobreza que empieza a crecer y a poner a este generoso país en su lugar latinoamericano. La pobreza crecerá hasta la indigencia en Muisne, pegado al río y al océano.

Ahí están sus casetas de madera, a medio desbaratar con los flacos pilotes que emergen del pantano. Con su gente tiznada y mustia, con esa inmovilidad exánime de la tarde mísera.

Antes entraremos en Atacames, que debería ser una playa bulliciosa y agradable. Volvemos a comprobar que todo es cuestión de medida. Y entonces deberíamos hacer justicia con nuestra Máncora. Porque de ella dijimos que, como mínimo, era modesta. Máncora nos resultó más acogedora. Y aquí no nos sentimos con deseos de quedarnos.

Seguiremos viaje.

En la triste Muisne, hay un “grifo” para cargar combustible.

Bi querful bato, me dice Moya.

¿Disculpe, se puede llegar a Pedernales?

Claro, broder.

¿Y allí hay dónde parar?

Claro broder. Pero antes échale un poco de combustible a tu carro. Haznos la atención. ¿De acuerdo, broder?

Sonríe, pero no con los ojos.

Bueno, échele diez dólares.

¿Qué te gustan broder?, ¿las negritas?, a los argentinos les gustan las negritas, a que sí.

Un muchacho se acerca con un pez grande que le ha de pesar mucho. Nos lo muestra. Es su mercancía, y podría significar algún dinero. Está en harapos. Me parece una escena africana.

Será bueno irnos cuanto antes.

El cantón de Muisne, es lo más pobre que veremos en Ecuador. Habrá sido olvidado durante mucho tiempo. Tal vez esté cambiando.



Muisne



Muisne



Muisne

Ahora hay carreteras que parecen nuevas y hacia el sur las poblaciones se ven menos miserables.

Hay muchas lagunas artificiales, como piletones con agua de mar donde se cultiva el camarón. Hablamos del “Príncipe de las mareas” y de Barbra Streisand. Le robaron el “Oscar”, decimos.



Costa ecuatoriana

Llegaremos a Bahía de Caráquez.

Con ese nombre tiene que estar bien, dice Moya.

Es mansa y silenciosa, que es casi decir lo mismo, aunque no se ajuste al caso de la solapada “mámpara”, que no conoce la piedad.

Y algo extraña en su amplitud y en su actitud, repartida entre la escasez y la abundancia. Es ancha y provinciana, y la pleamar ocupa toda la playa que se desnuda al dejar caer su “en agua”...en la bajamar y por la noche, por supuesto.

Me gusta la cercanía del agua, pero más la del agua dulce.

El agua dulce es tranquila, está tranquila. La del mar está siempre nerviosa.

El agua dulce del río Chone ancho y derramado, se mezcla con la del mar donde desemboca, a veces más adentro, a veces, menos. Entre el mar y el río cenaremos. Camarones, por supuesto. Y con vino argentino.

Termino “De A para X” de John Berger. Porque el azar (esa idea que parece no existir) lo quiere, registro aquí los que he juzgado pertinente.

Xavier anota detrás de una carta de Aida:

*“El infierno lo inventaron los ricos; su objetivo era desviar la atención de los pobres para que no pensarán en sus desgracias presentes. En primer lugar, mediante la amenaza repetida de que podrían estar mucho peor. Y en segundo lugar, mediante la promesa de que los obedientes y fieles podrían gozar en la otra vida, en el reino de Dios, de todo lo que la riqueza puede comprar en este mundo y más.*

*Sin el recordatorio del infierno se habrían criticado más abiertamente las riquezas de la Iglesia y su poder inexorable, porque es evidente que se oponen a las enseñanzas del Evangelio.*

*El infierno confería una especie de santidad a la riqueza acumulada.*

*El castigo hoy va más lejos. Ya no es necesario invocar las penas del infierno en la otra vida, pues en esta se está construyendo un infierno para los excluidos, y lo que proclama es lo mismo; que sólo la riqueza da sentido al hecho de estar vivo.”*

Esto es en Salinas, junto al mar.

Esto rescato en Salinas, junto con la tortillas de maíz, la yuca con queso y las papas rellenas.

El hombre que me vende el bocado se hace una señal de la cruz cuando le pagan. Comida popular, sabrosa y barata.

Junto al agua agradable del mar que es verde esmeralda, muy verde en estos días. Buena para sumergir el cuerpo y ensayar una menuda visita a la profundidad de la que podría no volverse, según sabemos.

Yo no te saco, me dice Moya desde la playa.



Salinas



Salinas

Vamos a trotar.

Dale, ida y vuelta hasta aquél peñón.

Alguien nos corre de atrás. Es un soldado.

Señores, no se puede correr por esta parte de la playa. Es del ejército.

Ah, disculpe, no sabíamos. Volvemos.

Sí vuelvan por donde vinieron.

¿Más allá se puede correr?

Afirmativo.

Gracias. Hasta luego.

La brisa de la tarde es benigna. Y el vino chileno, esta noche.



Costa ecuatoriana



Costa ecuatoriana

¿Dónde está la hermosa?

¿Por dónde caminó en las largas tardes del mar y las ballenas?

¿Estuvo así, desnuda y sola cuando recibió la noticia en el papel de la amargura final?

¿Cuándo se hizo fácil que se acabaran los amigos? ¿Cuándo el cholo acalló para siempre su galope infatigable?

¿Qué habrá quedado de su mirada cierta y su voluntad de flama, cuando se fue, en silencio, hacia la salitrosa costa del silencio y las pescaderías?

¿Cómo habrá sido la vergüenza de los que se atrevieron a desterrarla y a enterrarla?

En Paita está la casita donde alcanzó a ver cómo los jazmines se hacían rosas, y después malvones.

No en esta Paita, en otra Paita caminó por la sal de sus arrugas últimas, la querida “amable loca”.

No en esta Paita, estupefacta de pobreza. No en esta Paita, que mira atónita los harapos de la inmensa aduana que ya no es. Que ve inclinarse el campanario de maderas ostentosas a punto de caerse muerto sobre el polvo de la calle.

No en esta Paita, con el umbroso club donde se reunirían algunos caballeros para negarla. Para mentar el escándalo de haberse echado en los brazos del equívoco libertador la misma noche en que lo conoció. La noche que duró todas las noches.

No en esta Paita, que se ocupa, terca, de seguir siendo una señora. Una señora del mar que oculta su pobreza en las tardes de domingo y pasea su gente bulliciosa por la plaza y la ribera.

No en esta Paita, con su gente casándose en la gran iglesia (que conserva su esplendor, ahora solitario...lógicamente).

Con sus dos o tres muchachas en la puerta, aseaditas y perfumadas, contemplando a la amiga que ahora es novia.

Paita afronta su pobreza de viejo vestido manchado, con la dignidad de los niños que siguen naciendo, con la dignidad de sus trabajadores que hablarán del fruto del agua cotidiana, con la dignidad de los viajeros que alquilarán un gigantesco dormitorio en el mustio esplendor de un marítimo edificio.

¿Por qué el sordo grosor de estas paredes contra la estrechez de las paredes donde vive la gente de ropa percutida?

Aquí está Paita, con su gente ocupada en sus labores y resignándose a la presencia de la vieja obesa, que desde el pasado, sigue bufando inmóvil frente al mar a donde no llegan las ballenas.

Allí esta Paita, en un recodo del camino, para acordarse de Manuela. De Manuela Sáenz, la amable loca y de otros torpes silencios de la historia.



Paita



Paita





Paita



Paita



Paita



Paita

¿Por qué en Perú le dicen Cordon bleu al arrollado de pollo?

Con yuca frita y frente al puerto polvoriento sabe bien...igual que la moza morenita de delicadeza manifiesta.

En el sur el desierto se mete al mar haciendo rodar sus curvas suaves y gigantes, como podría hacerlo una mujer, entre las sábanas.

Amarilla y entibiada ella sube y baja estirándose hacia el mar, y sobre sus largas piernas deja ver el agua como metal plano y perfecto.

Un mudo macizo azul o verde, a dónde ruedan la colina y la hondonada junto con el sol que tarda en apagar las velas.

La camioneta va solita como si una escindida y minúscula gota metálica rolara en medio de una proporción equivocada.

Pero, cada tanto, nos cruzan los camiones.

Y los pueblos de voz aguda y canto chiquitito. Pueblos firmes del desierto y de vestido provisorio.

Nos gustaría abarcar con un abrazo a esta mujer que, tostada, se ha tendido para oír la frescura del mar. Pero vamos de paso, como siempre. Lo bueno es que ella parece decidida a quedarse allí por largo tiempo.



Atacama



Atacama



Atacama



Atacama

Jama sube y sube en la tarde que siempre quiere alargarse.  
Y al final la gota de brillante azul metálico, muestra su cansancio. Esto es: se nos recalienta el motor en la tenaz subida.  
No nos gusta la idea de pasar la noche entre los buenos cien quilómetros que hay hasta la aduana argentina.  
8 litros de agua nos van a ayudar.  
Cuatro de un hombre con el mismo problema y con la solidaridad de sus bidones previsoires.  
¿Le puedo dar un consejo?  
Claro.  
No vaya forzando el motor. Vaya en una marcha que le dé margen, en la que quede posibilidad de acelerar.  
¿A cuántas revoluciones, 2500, más o menos?  
Sí, más o menos, así no se cae el motor y la bomba hace circular más el agua.  
Gracias señor por haberse detenido.  
De nada.

Los otros cuatro vinieron de los operarios de la vialidad chilena que bajaban para terminar su faena. Nos miraron en silencio, como reprochando sin hacerlo. Gracias señores.

Recuerdo algo parecido en compañía del “cerdo” (mi hermano), cuando nos trepábamos a los caracoles buscando el paso que termina en Uspallata.

Vamos a manejar con cuidado, 2600 r.p.m..

Y la aguja que decide ser benigna y quedarse quietita.

Así quietita, hasta llegar a la aduana de esta tía indescifrable que es la patria.

Hasta Susques, donde nos quedamos a dormir en el hotel que desde, su jarrón y sus cardones, mira el espacio de la noche y las estrellas fugaces.

En el hotel, que mira hacia silencio desde el calor de sus humitas y su vino.



Susques



Susques



Susques

Mañana terminaremos el viaje en San Marcos Sierra, o tal vez ya ha terminado. Pero llegaremos a San Marcos, a la cabaña que graciosamente nos ha alquilado Luciana, para que podamos hacer el asadito del festejo.

San Marcos nos esperará en temporada, con sus hippies, sus tamboriles, y el renuevo de esa comunidad que viene huyendo de la gran urbe y se instala en sus lugares escogidos, para que, al final, esos lugares muden de fisonomía, de costumbres y de alma.

Esa gente a la que, también, le va a cambiar el alma, como ocurre siempre que cambia la tierra.

La tierra que es *el afuera*, ese mismo afuera, hecho desde adentro, que nos resigna en cada viaje.

Y ahí están las fotos. Fotos de luces y sonrisas.

Fotos que buscan, con ojos asombrados, el horizonte y los rincones.

Esas ingratas que, a veces, también ayudan a entender esto de que “todo pasa y todo queda”.



